



ORILLAS DEL DANUVIO.

Los grandes ríos de América, ocupan ciertamente en la carta del globo un espacio más vasto que el Danubio, pero no hay uno que cuente en su flotante cintura tantos pueblos diversos, que refleje en sus aguas tantas ciudades y monumentos, que reproduzca á la memoria del sábio y á la imaginación del poeta tan gran número de hechos heroicos y de leyendas originales. Este rey de los ríos de Europa, como le llamaba Napoleón, es en efecto bien digno de tal nombre, desde que los barcos de vapor que le surcan, han establecido medios tan rápidos de comunicación entre las diferentes naciones que sirven de orilla á las sinuosidades de su inmenso imperio. Su nacimiento es modesto; se encuentra á algunas leguas del Rin y se escapa de Schwarzwald en un pequeño surtidor; pronto varios afluentes le hacen crecer, descendiendo rápidamente hacia la Baviera y en Ulm se hace navegable; desde allí continúa su curso creciendo siempre y llevando consigo ríos y arroyuelos, hasta que cerca de Viena su extensión es ya de cerca de 300 varas, y cuando se halla próximo al término de su curso, no pudiendo entrar en el mar por una sola parte, se precipita por cuatro puntos distintos.

Desde Donaneshingen, donde aparece tan insignificante aun, hasta su último límite, recorre, midiendo toda la extensión de sus caprichosos giros, un espacio de 379 millas geográficas. Cien ríos en los cuales desaguan 36.000 corrientes de aguas, van á morir á su cauce. En el punto de partida toca en los valles del país de Bade, entre sus dos extremos pasa por Wurtemberg, la Baviera, la Austria, la

Hungría, la Valaquia, la Moldavia, la Vulgarie; la extensión de su curso natural ha sido todavía aumentada por la industria humana. El canal Luis, emprendido por Carlo Magno y recientemente concluido, une el Danubio al Mein, y por esta reunión pone en contacto el mar del Norte con el Negro, Constantinopla con Rotterdam.

No tratamos ni de describir los puntos de vista risueños y grandiosos que cautivan la atención del viajero que navega por este magnífico río, ni de contar las tradiciones históricas ó fabulosas que aquí y allá dan un encanto tan singular á las poblaciones, los castillos, las torres arruinadas y las rocas salvajes que se encuentran á cada instante. Las obras de la industria moderna se unen á cada paso á los puntos que han dado lugar á las más caprichosas leyendas de la edad media y á los recuerdos de la antigüedad. Por aquellos parajes era en la edad media el gran camino que unía la Europa central al Oriente. Por allí descendieron las cruzadas del emperador Conrado, y este fué también el punto de comunicación que tuvieron los ricos mercaderes de Ratisbona, de Colonia, de las ciudades flamencas para entrar en relaciones directas con las regiones de Levante. Por aquel punto avanzaron también los romanos en medio de las poblaciones bárbaras que querían someter á su yugo: la preciosa lámina que encabeza este número, representa el paisaje en que se encuentra uno de los signos conmemorativos de su marcha por aquella comarca, construido por Trajano entre la aldea actual de Moldova y la de Olava. Este pequeño monumento, colocado en medio de uno de los si-

tos más grandiosos y más pintorescos del Danubio, se componen de una lápida sostenida por dos genios alados, y adornada con dos figuras de delfín, sobre la cual apenas pueden leerse estas palabras medio borradas por el tiempo.

FR. CÉSARE. AFS.
AGOSTO. IMPERATO.
FONT. MAL. FR. POT. XXXV.
LEG. III. SCYTH. ET. V.
MACEDO.

Por cada lado de este resto de antigüedad se distinguen aún los vestigios de la ruta que los soldados de Roma habían hecho á lo largo de las rocas, por el flanco de las montañas. El genio moderno ha ido más lejos que el de los Césares: Ha hecho un estenso camino á lo largo del Danubio, y ha limpiado el cauce de las rocas y los escollos que estorbaban el libre curso de las embarcaciones.

VIAGE

A LA ITALIA CONTINENTAL.

Dejando, amables viajeros, la noble ciudad de Mesina, partireis á la bella Parténope, que los pueblos modernos llaman Nápoles. Aunque es muy delicioso atravesar los amenos vergeles, los campos alfombrados de flores y los bosques espesos de las Calabrias, os aconsejo que os trasladéis á aquella ciudad en un buque de vapor, pues los caminos de las provincias calabresas están infestados de asesinos y bandoleros, quienes acometen á los viajeros, ó se dedican á cazar los osos que habitan en tropel las forestas más sombrías é interiores, pobladas de zarzas y malezas.

Nápoles, que es una de las metrópolis más magníficas de la Italia meridional, presentará á vuestra vista un espectáculo tan variado como nuevo y sorprendente. Vereis allí coches lujosos, y un crecido número de gente que despliega con mucha gala sus riquezas, y que dá á conocer que tienen en Nápoles su morada, el placer, la alegría y todos los encantos que halagan y embellecen nuestra miserable existencia.

Acordaos que el gran teatro de San Carlos, que llama en gran manera la atención del viajero por su inmensidad, por sus adornos elegantes y caprichosos, por la elección de sus artistas y la concurrencia de los más altos personajes, fué obra del gran Carlos III, cuyo nombre está escrito en letras de oro en los fastos de la historia ibérica. En el escenario de aquel teatro suelen siempre representarse óperas heroicas y bailes históricos ó altamente fantásticos, exornados con todo esmero y pompa. Pueden manobrar allí y correr á todo escape cincuenta soldados de á caballo, y pueden tomar parte en la representación más de cien personas. Los espectadores, colocados en los palcos ó en las lunetas más distantes, ven á los cantantes y bailarines en formas reducidas, y como las pequeñas figuras de un gran panorama, mientras que retumban en sus oídos distintos y claros los armoniosos acordes de la música; porque aquel teatro, que está fabricado según todas las reglas de la acústica, transmite las notas vocales é instrumentales con gran estruendo y retumbancia.

Los régios alcázares de Pórtici, de Caserta y Capa de Monti, reúnen en sí todas las delicias voluptuosas y lúbricas que nos dejaron consignadas en sus versos los poetas, describiendo con viveza de colores y brillo los jardines de Alcino y de la Maga Armida.

En el tiempo de vuestra morada en Nápoles, visitad los sepulcros del Cisne Mantuano, del poeta Sannazzaro y del rey Roberto de Anjó, amigo del tan elegante cuanto donoso Boccacio, y Mecenas de los literatos más ilustres de su época. De las tumbas de los esclarecidos varones parece salir una voz atronadora que dice al viajero: «Desde mi triste morada dicto leyes á los venideros, y las hachas fúnebres que alumbran mis cenizas, más resplandecientes que los rayos del sol que te anima, pueden conducirte al templo de la gloria.»

La torre del Griego, la noble perspectiva de Polisipo, y toda la campiña que rodea la ciudad de Nápoles, os recor-

drán los primeros días de la creación, en que todo era paz, amenidad é inocente alegría.

Es un fenómeno muy curioso y que merece particular mención el que voy á referir.

Poco distante de Nápoles existe una gruta que llaman con nombre especial *Grotta del Caue* (gruta del Perro). Su suelo manda evaporaciones muy impregnadas de azoe que daña en gran manera al que se arrima demasiado á su superficie, hasta desmayarle y acabar con él. Los perros, que entre los animales, llevan la nariz muy inclinada hacia la tierra, han legado su nombre á aquella gruta, porque apenas entran y respiran el gas azoe, tan dañoso á la vida animal, empezaron á vacilar, y poco después, cayendo en un letargo mortífero, dejan de existir. Muchos ingleses, llevados por su índole estravagante, visitan la gruta mencionada en compañía de algún amigo de su confianza, para que puedan echarse boca abajo y respirar el aire mofético hasta desmayarse, en la certeza de que su compañero les levante del suelo antes que fenczean.

Merece vuestra particular atención, amables viajeros, el tan celebrado Monte Casino, en donde reposan las cenizas de su ilustre fundador San Benito. La biblioteca de aquel Cenobio es objeto de gran maravilla para los hombres más entendidos, tanto por la riqueza de sus libros preciosos, como por la abundancia de sus raros manuscritos. El monasterio del Monte Casino, que es un edificio magestuoso y grande, eleva su cabeza en medio de la soledad y del silencio, como las Pirámides de Egipto en los desiertos de la Tebaida. Acordaos entonces, que aquel monasterio ha prestado asilo á varones muy eminentes, y que estuvo allí refugiado el gran Pontífice Gregorio VII, que con la sola fuerza de su mente alta y divina sujetó á los tiranos, y dió un gran impulso á la civilización europea, escarificando las calumnias de sus viles adversarios, y confiando en el fallo imparcial de la mas remota posteridad.

Poca distante de la bella Nápoles, vereis el Vesubio, que eleva sus crestas altas y nevosas hasta las nubes; acordaos, entonces, que en tiempos muy lejanos sepultó bajo sus cenizas abrasadoras la gran ciudad de Pompeya, famosa é ilustre por la mucha riqueza y cultura de sus habitantes, según nos atestiguan los autores contemporáneos y los monumentos magestuosos que se encuentran aun, escavando aquella ciudad, y que por muchos siglos se quedó sepultada en las tinieblas y en el olvido. Plinio el jóven, sobrino del inmortal naturalista del mismo nombre, nos dejó consignados en una de sus cartas los pormenores de aquella triste catástrofe en estos términos: «Se agolpau nubes muy espesas y negras encima de nosotros, y un humo muy denso cubre la superficie de la tierra. Entonces dije á mi madre: alejémonos muy pronto de este paraje, que la gente apañada nos sollocará en medio de las tinieblas; pero apenas pronunciadas estas palabras, se apaga enteramente la luz del día, y hieren nuestros oídos los lamentos y los gemidos de un crecido número de varones, de mujeres y de niños. En medio de tanto bullicio, se oyen por do quiera sollozos y voces entrecortadas de dolor y tristeza, que dicen: oh padre mio! oh queridos hijos! oh tierna esposa! en dónde estais? Este imprecaba á su acerbo destino, y aquel otro lloraba la suerte de sus deudos. Muchos imploraban el ayuda de los Dioses, y otros negaban por desesperación su existencia.»

La ciudad de Pompeya, la de Herculano y Stabia que sucumbieron á la misma triste suerte, comenzaron á ser desenterradas bajo el reinado ilustre de Carlos III, y á pesar de que hace ya muchos años que se trabaja en sus escavaciones, se encuentran cada día mas rarezas y monumentos suntuosos, que han enriquecido y enriquecen en gran manera el Museo de Nápoles. El que quiera formarse una idea cabal, y adquirir conocimientos especiales de todas aquellas preciosidades, podrá consultar las *Memorias ilustradas acerca de las escavaciones de Pompeya y Herculano*, impresas por el gobierno napolitano.

Me contentaré con indicaros, amigos viajeros, el magnífico edificio de la universidad de Nápoles, su observatorio astronómico, sus bibliotecas públicas, sus teatros de segundo orden, y el tan famoso conservatorio de música, que tuvo en su seno al divino Rossini, al fiero y apasionado Bellini y al festivo Donizetti; y finalmente, pasare por alto las fiestas populares, entre las cuales ocupa un lugar preferente la de *Piede di Grotta*; los punchinelas napolitanos, tan nombrados por sus chistes y ocurrencias pégre-

nas, los *lazzaroni* y sus groseras costumbres; puesto que cosas semejantes merecen mas bien ser observadas que descritas. Pero os ruego que echéis una mirada, antes de dejar aquella fastuosa metrópoli, á la isla de Capri, que parece conjurar las olas tempestuosas del mar para que se esparzcan sobre ella, y la laven de la infamia de haber prestado asilo al atroz Tiberio en los últimos años de su ignominiosa existencia.

Desde Nápoles os trasladareis por el camino de Terracina á la inclita Roma, á esa ciudad magnífica y magestuosa, á esa ciudad eterna que levanta ufana su cabeza entre los escombros de los palacios de los Césares, entre las cenizas de los héroes y entre la sangre que los mártires de nuestra santa religión vertieron.

Se desplegarán allí á vuestra vista monumentos cuyos restos asombran al viajero. Vereis una vasta bóveda y un inmenso recinto de forma circular que os indica el Panteon en donde Agripa habia reunido todas las estatuas de los dioses, á quienes prestaba culto y adoración la ciega gentilidad. En medio de la soledad y del profundo silencio que allí reinan, os parecerá oír el sordo murmullo de un aura ligera que repite estas palabras al viajero: «Mira, cuán fugaces son las grandezas humanas, cuán perecedero es el orgullo de los mortales! Hé aquí lo que queda de Roma, reina del mundo: hé aquí los restos de sus riquezas y de sus inmensas conquistas!» Pero, acordaos entonces, que en el Panteon fué sepultado Rafael, cuyo genio divino dió nueva vida con la fuerza de su pincel á las gracias antiguas que la barbarie habia extinguido.

Desde el Panteon, pasareis al Coliseo, y os acordareis que tuvieron lugar allí los fieros combates de los gladiadores, y las fingidas batallas navales, que los romanos llamaban con nombre griego *naumaquias*. Este edificio, es por cierto el mas asombroso entre las obras maestras que quedan en Roma, y parece que el tiempo voraz, sobrecogido por tanta magnificencia, lo contempla desde lejos, y no se atreve á tocarlo con su mano destructora que lo profana todo.

El Arco de Septimio Severo, el Templo de Antonino y Faustino, el de la Paz, el de Remo, el de Votus, la Basílica de Constantino, el Templo de Cástor y Polux, el de Júpiter tonante, el de la Concordia y el Arco de triunfo, que Trajano erigió en honor de Tito, son todos monumentos que dan á conocer aun cual fué la magna Roma, civilizadora del orbe entero. Pero las ruinas del foro romano, aunque no brindan al viajero con igual grandeza, despiertan en su mente ideas altas y profundas que le agitan fuertemente el corazón. De las piedras allí amontonadas, parece levantarse una sombra ensangrentada, que envuelta su cabeza magestuosa en la toga romana, dice con acto amenazador: «Espiró conmigo la libertad latina: mis palabras aterraron á Verres: Catiлина no pudo resistir con sus armas á la fuerza de mi eloquencia: supe cautivarle el ánimo de César, y con denuedo presenté impávido mi cabeza al hacha homicida de los sicarios de Augusto.»

Pero toda la pompa y majestad de los monumentos que acabamos de describir, desaparece al aspecto del Vaticano. Al entrar en aquel templo, el hombre mas crédulo, el mismo ateo, se sentirá arrebatado de un éxtasis divino, y no podrá menos de esclamar: «Aquí reside el Dios viviente de los cristianos, el Dios de la naturaleza: adorémosle y postrémonos á los pies de sus altares.»

Los grandes pilares, las columnas de bronce, los cuadros maravillosos, los altares innumerables, los mausoleos del Vaticano, presentan al viajero la idea de lo infinito y de lo eterno. Y por último, su cúpula gigantesca, que no tiene igual en todo el orbe, os dará á conocer que aquel edificio fué obra de Miguel Angel, de ese hombre sobrenatural, que atravesó el vasto océano de la vida, teniendo por brújula la razón y por norte su genio, y que lanzándose mas allá de lo creado, nos dejó en las paredes de la capilla Sixtina la pintura mas terrible del juicio final.

Será objeto mas bien de un libro de gran bulto, que de un breve artículo de periódico, hablaros, caros viajeros, de todas las demás ruinas que confina la ciudad de Roma, de sus bibliotecas, y principalmente de las del Vaticano y de la Minerva, de los palacios de sus magnates, de las galerías de cuadros y estatuas, de los hermosos varones que allí han florecido y florecen, de los papas que han favorecido en gran manera las bellas artes, y de las diferentes escuelas de pintura, escultura y arquitectura: por lo

que nos limitaremos á insinuaros, que no dejéis de examinar atentamente el celebrado cuadro de la trasfiguración de Rafael, las estatuas del inmortal Canova, los preciosos lienzos de Benvenuti y Camuccini, la galeria Barberini, las Catacumbas, en donde reposan las cenizas de muchos mártires, el Capitolio, en donde tuvo su asiento Júpiter; la Rocca Torpeya, desde cuyo cima los romanos antiguos precipitaban á los criminales condenados al extremo suplicio, el palacio pontifical de *Monte Cavallo*, San Juan de Letran, la Tumba del tan desechado cuanto sublime cantor de la *Libertad*, y la *Villa Borghesi* con sus jardines deliciosos.

Pero despues de haber visto tantas maravillas, os exhorto, amables viajeros, á que visitéis, antes de trasladaros á Florencia, la ciudad de Frascati, en donde están las ruinas de la antigua Tusculo, *villa* de Ciceron, y las cascadas de Tivoli, que el poeta Venosino ha inmortalizado en sus versos bajo el nombre de Tibur.

Florencia, esa noble ciudad, que ha merecido y merece aun el alto renombre de nueva Atenas, descuella despues de Roma sobre los demas países de la Península itálica, por la limpieza de sus calles, por sus palacios muy elegantes, por sus iglesias y por sus monumentos de pintura y escultura. Acordaos entonces, que allí tuvieron su cuna Dante, Guicciardini, Americo Vesputcci, que legó su nombre al nuevo mundo, y una multitud de varones ilustres que derramaron raudales de luz en las ciencias y en las letras, y que fueron los civilizadores de la Europa, disipando las nubes de la ignorancia que estaban todavia agolpadas sobre su superficie.

A pesar de que hay en todos los países de Italia un crecido número de bibliotecas que contienen obras muy curiosas y raras, ninguna es comparable á la Laurenciana de Florencia, en donde encontrareis reunidos los manuscritos que los italianos llaman (*testo u pena*) de los varones mas preclaros, y de casi todos los clásicos Italianos como Guicciardini, Macchiavello, Galileo, Petrarca, etc., etc. Es tambien otro objeto de gran maravilla la galeria de cuadros tan famosa en la civilizada Europa. Al entrar en su magnífico pórtico, se presentarán á vuestra vista los retratos de la ilustre familia de los Médicis, que despues de haber manejado con mucho acierto y gran sabiduría los altos negocios de la antigua y noble república Florentina, y de haber llegado hasta la cumbre de su gloria, quisieron sentarse en el trono, y esclavizaron á su patria, trocando el nombre brillante de adalides de la libertad en el de tiranos y opresores de la Italia. Allí vereis la tan celebrada Venus de Médicis, cuyas formas voluptuosas tienen algo de divino y celestial, y el famoso Apolo de Belvedere, que pasmó á los viajeros mas entendidos en las bellas artes.

Las iglesias de San Lorenzo, de Santa María la Nueva y de la Anunciacion, causan asombro por su magnificencia, por su riqueza y por su noble arquitectura; pero la iglesia de Santa Cruz merece un lugar distinguido entre todos los nobles edificios de la Península itálica, pues yacen allí enterrados los despojos de los italianos mas ilustres, cuyos nombres inmortales se repiten con asombro y veneracion en uno y otro emisferio, y cuyo funa será tan duradera como el mundo. Vereis allí el mausoleo en donde están depositadas las cenizas de Nicolás Macchiavello, político profundo, escritor sublime, historiador incomparable y poeta elegante. Vereis el mausoleo en donde descansan los restos de Miguel Angel, de ese genio colosal, que despues de haber dado vida á los lienzos y á los mármoles, se recreaba de sus trabajos, cantando versos melodiosos en las orillas del Arno, cuyas márgenes baridas y argentadas olas han inspirado á centenares de poetas, que han entrelazado coronas de inmarcesible laurel á las musas itálicas. Vereis el mausoleo de Galileo Galilei, que sacudió con la planta de sus pies y dió un movimiento perenne en el espacio etéreo al planeta que habitamos. Vereis el mausoleo del Abate Alfieri, que excedió las sonoras de Saúl, de Bruto y de Felipe II, con firmeza de cobres en la fealdad del despotismo, y esclamar las decenas impensables de los pueblos. Vereis, por último, el mausoleo del famoso Serici, que caló noblemente el coturno, las preciosas tragedias.

El palacio Pitti, ségla morada del gran duque de Toscana, es una fábrica colosal y magnífica. La galeria de sus cuadros es uno de los mejores de la Europa, y la belleza de sus originales causa asombro á los pintores mas famosos del mundo.

Después de haberos indicado, amables viajeros, las cosas más notables de Nápoles, de Roma y de Florencia, quisiera también daros á conocer las maravillas que encierran otras muchas ciudades de la hermosa Italia, como Módena, Parma, Pádua, Pavía, Génova y la noble ciudad de Milan con sus bibliotecas, con sus preciosos monumentos de bellas artes, y principalmente con su catedral, que es por cierto uno de los edificios góticos más magestuosos que existen en la Europa moderna. Y por último quisiera describiros con viveza de colores y brio la lucida Venecia, esa ruina del Adriático, que en tiempos remotos conquistó parte del Oriente, y servía de baluarte á la civilizada Europa

contra la preponente media luna. Pero las bárbaras falanges de un opresor extranjero, que ponen en juego todos los medios más ruines para talar aquellos países, y agoviar con cadenas á sus habitantes, me hacen estremecer, y me obligan á arrojar la pluma, prefiriendo á la descripción de escenas sangrientas y atroces un profundo silencio, hasta que se disipen del todo las nubes septentrionales que oscurecen el bello cielo de la Italia, y aparezca despejado su horizonte y alumbrado por los rayos de un sol vivificador, que infunda nuevo vigor y lozanía á hombres libres y generosos.

SALVADOR COSTANZO.



Vista de la escalera del Palacio Real de Madrid, tomada desde el descenso de los leones.

LOS ÚLTIMOS AMORES.

V.

Dos días después, la víspera de su viaje á Aranjuez, llamó el marqués á su aposento á Serafina y á la dueña Quiteria. Acudieron entrambas, aquella con la natural confianza que inspira la inocencia, y esta con la temerosa sospecha de que se hubiesen traslucido sus planes. Abrazó el anciano á su sobrina, como lo tenía de costumbre todas las noches antes de retirarse á descansar, y acercándola una silla para que se sentase, hizo lo igual; y después de pasar su mano por su despejada cabeza como para coordinar sus ideas confusas, clavando sus penetrantes ojos en la dueña, que con los suyos hubiera podido contar hasta las arenillas del pavimento, las habló de esta manera:

—Serafina: mañana partimos para el Real sitio; mañana se puede decir que por primera vez nos separamos en nuestra vida.

—¿Cómo? no os quedaréis con nosotras?

—Sí: tú eres aun niña y necesitas á tu lado un hombre de mi experiencia que te aconseje. Los instintos de tu corazón son honestos y nobles; pero, cuando no hay una voz amiga y cariñosa que nos recuerde continuamente nuestros deberes; cuando acaso una culpable condescendencia de parte de nuestros preceptores nos permite dar demasiado vuelo á las juveniles fantasías que se alimentan en corazones de quince años, entonces las inclinaciones llegan á convertirse en hábitos, y desde luego se pierde el hábito de la virtud, que

es el adorno más rico y que más embalce á las doncellas de tu clase.

—Señor marqués, murmuró Quiteria con voz balbuciente: ya sabéis que nuestra hermana, la madre de nuestra querida Serafina, jamás halló en mí la más pequeña falta que lldar; y que más bien me reprendía por el celo excesivo, y por la vigilancia penosa que ejercía sobre esa inocente niña, que porque la diese alas para pensamientos pecaminosos, Santa Tecla me valga! Yo respondo de la blancura de esa paloma como de mi propia continencia; y en vida de Quiteria, aun no ha criado pestañas sobre las niñas de sus ojos quien haya de robárnela de mi uído, pues es la joya de mi corazón, y á quien quiero como á mi sangre; que aunque esa me falte para justificar el cariño de madre que la tengo, la que Dios tenga en su gloria, sabe bien que su hija la encontrado quien la reemplace en el mundo.

—Señora, hacedme el favor de no interrumpirme, que aquí ni á cuento viene vuestra ternura por Serafina, ni la opinión que mi hermana tuvo de vuestra moralidad y sana conducta. Pero no está de más el que yo recuerde á mi sobrina que los peligros son muchos, y las tentaciones grandes, y la flaqueza en la mujer no pequeña; y que es siempre acertada medida del que quiere precaverse contra los riesgos mundanales, la continua práctica de las ceremonias religiosas, los libros de virtud y las pláticas morales. No te pongas ruborizada, Serafina.

—Señor, es verdad que de algún tiempo á esa parte.....

—Y bien, has descuidado tus oraciones de la tarde?

—Señor marqués, dos solamente, os lo afirmo, á fe de dueña.

—Dejadme hablar, os lo suplico. Y bien, sobrina mía, eso nada significa, pero puede ser el principio de locos estrafalarios. Tu imaginación ha llegado á ese punto en que necesita sueños con que alimentarse, y has creído que los de la religión no bastarían á tu alma.

—Tío!

—Ya he visto sobre tu reclinatorio un libro de cántigas amorosas. Ya he visto que tenías hecha una señal en dos páginas de aquel peligroso volumen, cuyos títulos eran *el amor perdido, y el beso*.

—Señor, yo aseguro que en la lectura de esas trovas no tengo parte ninguna. Rogóme Serafina la consintiese ojear un libro, regalo de don Alvaro, y como vi que eran versos, creí que nada podrían valer, porque, quién se había de imaginar que unas coplas!...

—Unas coplas suelen ser las armas más terribles contra los corazones entusiastas; y esas que llamáis coplas tienen el nombre de canciones sentidas; y aunque muchas veces sean sueños de imaginaciones febriles, otras son los ayes de algun alma de fuego. Y entonces sus palabras tienen todo el sello de la divinidad; y entonces cautivan por el sentimiento que las embellece, y entonces cada voz hiere como un lúgubre suspiro que se pronuncia cerca de nuestros oídos, y cuyo aliento sintiésemos pasar sobre nuestra boca.

—Ah! sí, sí, tenéis razón!

—Ya lo veis, señora dueña. Ya veis como mi sobrina participa de mi opinión, y da algun valor á esas coplas. Serafina de mi alma! El cielo preserve la tuya de una pasión invencible! Si don Alvaro te la ha inspirado, apresúrese vuestro enlace, porque son muy peligrosas las relaciones de dos jóvenes amantes, y pesa gran responsabilidad sobre mí que estoy á tu cuidado. Vamos, tranquilízate. Mañana partimos á Aranjuez, como te decía. S. M. la reina te ha nombrado su camarista de honor: he aquí por qué te he llamado á mí aposento, y por qué te he recordado los peligros de una juventud fogosa, y por qué he invocado el nombre de la virtud para que te aconseje. Vas á caminar por un terreno resbaladizo. Los placeres; la grandeza deslumbrarán tus ojos; la lisonja enamorará quizá tu insperado corazón. Acuérdate de mis consejos; huye del roce de los hombres y del trato íntimo de las damas: domine en tu alma un solo pensamiento noble y generoso que la dirija, y acaso saldrás triunfante de la penosa lucha que vas á comenzar. Como ya soy anciano, me decidiré buscarte un favorecedor en un aposento. Por fortuna don Alvaro tiene preudas para merecerte: dentro de una semana serás suya, porque pienso cuanto antes pedir su beneplácito á la reina. En el interin, no te permito que léveas sino en mi presencia.

—Señor!...

—Sí; han querido sorprenderme. Me han asegurado que tenías entrevistas nocturnas, y que Quiteria era la guardadora de vuestras pláticas, poniéndose de espía en el jardín para que no os sorprendiesen.

—Tío, no lo habréis creído, no es verdad?

—Ni habréis dudado un solo instante de mi probidad y fijeza, exclamó Quiteria!

—Cuando os digo que han tratado de sorprender mi buena fe, ya os manifiesto que no he dado crédito á sus impertinentes revelaciones. Pero os confieso que ellas han contribuido á desvelarme, y hacerme sospechar de alguno de mi servidumbre. Señora Quiteria; conocéis vos á ese Tomasillo que hace dos dias se recibió como asistente de cocina?

—Señor: es un pobre muchacho, escudero de unos juveniles-hombres á quienes ha servido lealmente muchos años, y una querrela con el último que tenia ha sido la causa de quedarse por puertas, y de rogarme que intercediera con vuestra grandeza para que le proporcionase acomodo en vuestra casa.

—Está bien. Sin embargo, vigilad su conducta. En tanto á Mariquilla!...

—Ah! es una honrada muchacha, exclamó Serafina. Tan suable, tan cariñosa, tan sensible!...

—Casi todas las favorables, preguntó la dueña, satisficaba del elogio de su pupila! Y que María al fin es una persona acomodada, la cual, mas que por el provecho que pueda reportarle el acompañar á vuestras mercedes, asistirá á mi Serafina por complacerme á mí.

—Conozco á su marido, y es un traficante honrado, según cuentan en el barrio.

—Al menos entre los honrados se paga, y yo por tal le

he emparentado con mi familia, despreciando la nota demasiado plebeya que pudiera recaer en mi sangre.

—Bien, bien. Desde luego es una felicidad que sea una esposa amable la que asista á mi sobrina, y no una mozoleta solterita y levantada de cascos. Lo peor es que, según me habeis dicho, no podrá permanecer á su lado sino el mes que dura la ausencia del honrado cosechero.

—Así es.

—En fin, eso es lo menos, pues para entonces ya serás esposa, y don Alvaro procurará buscarte compañías que te convengan. Adios, sobrina mía. Ya es pasada media noche, y mañana temprano tenemos que emprender nuestra corta caminata. Retírate á descansar para que tus bellos y ya rendidos ojos, restaurados por el alivio del sueño, brillen mañana con toda la hermosura que tienen; pues es justo que con tu belleza y stavo honres á nuestra reina, y justifiques su elección.

—Buenas noches, querido y amable tío, yo procuraré aparecer hermosa.

—Sí, sí, don Alvaro te pediría cuenta si no.

—Don Alvaro deberá amarme por mi corazón, y con un alma pura no hay rostro feo.

—A Dios, hija mía, dices bien!...

Con estas y otras semejantes razones despidiéronse afectuosamente. El marqués, al salir la dueña del aposento, volvió á decirle:

«Cuidado con que vijiles cuanto pasa. Yo no desconfío de nadie, pero tengo poca confianza en todos!»

—Señor!...

—Basta!... Idos á descansar!...

Salió la dueña, y tan turbada que tropezó en la puerta, aunque sin lastimarse; cayósele el rosario, y anduvo un poco para encontrarle, según la temblaba la mano: por último, desapareció por la larga galería del palacio, murmurando en voz baja:

«Ya no es tiempo de volverse atrás. Dios quiera que salga de esta con bien, para no meterme en otras!»

Pocos momentos despues cruzaba por la misma galería un hombre embocado; aunque procuraba andar sigilosamente, resonaba con un eco misterioso en las altas bóvedas el crujir de las aceradas espuelas. Paróse el caballero delante de una puerta que se divisaba al estremo del corredor; sacó de debajo de la larga capa una linterna, y habiéndose cerciorado de que era allí el punto de la cita nocturna, se apoyó contra el muro, volviendo á esconder la luz con el embozo. El reloj de San Salvador dió la una. Antes de concluir la última campanada se abrió la puerta y se apareció otro hombre. El desconocido se adelantó á su encuentro y le dijo:

—En el postigo del jardín, cuya llave me has facilitado, quedan apostados seis hombres. Yo creo que esta noche y ahora mismo convendría dar el golpe de mano. La mayor parte de la servidumbre del marqués está ya en el Real sitio, al que parten los deanas á la madrugada. Quizá no se me presente allí ocasion tan favorable para apoderarme de Serafina.

—Certo es que solo hay en el palacio dos escuderos y tres criados del marqués, pero no están tan desapercibidos como creéis. Tengo entendido que hace dos noches se queda uno de vigilante, desde que por poco me sorprenden hablando con vos por el postigo del jardín.

—Pero, y bien, crees tú que en Aranjuez no se nos presentarán los mismos inconvenientes?

—Quién sabe! Allí hay jardines, donde gusta á las muchachas enamoradas vagar solas, y es fácil una sorpresa; y además yo siempre he preferido los golpes de astucia á los golpes de mano arado. Acordaros que no fué muy piadosa la que os abrió ese boqueron en el pecho, que creímos que con nada su cicatrizase!

—Es verdad! La dueña dice que es nuestra?

—En cuerpo y en alma. Os tiene mas miedo que á Lucifer. No creais que os sirva porque de vos se le importe un camino; nada menos que eso; os sirve porque os tiene por endemoniado; porque la he dicho ya que habéis jurado asesinarla y hacerla jigote el corazón; y como los magos son los que más creen en hechicerías, hácela trastornado el juicio con vos, y á vuestro solo nombre tiembla como una azogada, y por lograr lo que apetecéis se venderá á Satanás, si el diablo quisiese comprar carne de lucas. En fin, es nuestra, y podemos contar con ella como con nuestra mano derecha.

—Cebalro, Tomasillo, tu discrecion, y te prometo que he de mirar por tus aumentos, segun merece tu ingenio y leales servicios. Y te aseguro que si los que por mí haces tan desinteresadamente no tuviesen recompensa, que me tendré por el mas villano de los hombres. Ahora bien; suspiendo mi ataque y esperaremos: pero ya que hasta aquí he penetrado, me holgaria aunque no fuere mas que ver á Serafina.

—Venid, que no lo juzgo difícil, pues la he sentido entrar en su oratorio, y no debe haber salido aun: bien que no es nuevo, pues se pasa así muchas noches en vela. Vamos... seguidme sin hacer ruido.»



Don Diego.

Atravesaron varios aposentos, hasta que por último se hallaron junto á una puerta ricamente esculpida, que era la del oratorio. Sin duda, alguna ráfaga de luz de la linterna con que alumbraba don Diego, penetrando en el oratorio, debió llamar la atención de Quiteria que velaba á la entrada. Se levantó, asomó la frente y lanzó un ay! que Tomasillo logró reprimir poniéndola entrambas manos en la boca. Don Diego dejó de ver entonces la sombría palidez de su iracundo rostro, y acabó de anonadar á la asombrada dueña. Serafina, que había escuchado aquel ay comprimido, volvió la cabeza, y no viendo á nadie en el oratorio llamó á Quiteria con voz temerosa y ajitada; pero, como no recibía respuesta, se levantó ligera como una exhalacion, corrió á la puerta, y al divisar á Quiteria medio desmayada entre aquellos dos negros y formidables fantasmas, pues tales la parecian, retrocedió llena de espanto, y vino á caer de rodillas otra vez junto al altar. En aquel mismo instante y cuando don Diego trataba de adelantarse á tranquilizarla, se oyeron pasos precipitados, y levantando uno de los tapices del oratorio se presentó el marqués á medio vestir y con la espada desnuda. Tomasillo, que recibía alguna desgracia, se apoderó del brazo de don Diego y se lo llevó violentamente, desapareciendo entrambos como dos sombras fantásticas. El anciano levantó entonces el acero, y esgrimiéndole sobre la cabeza de la dueña, se dirigió á herirla, y habiéndola conseguido, si aquella no se hubiese desviado hacia la derecha, y si la pobre Serafina, amegada en llanto, no se hubiese precipitado á las plantas del anciano enfurecido. Las protestas de la dueña que juraba por su inocencia, las lágrimas de la hermosa doncella, que levantaba sus trémulas manos pidiendo perdon de una culpa, que ninguna había cometido, y la imposibilidad en que se encontraba el marqués de hallar remedio alguno en tan comprometido lance, desarmaron su furia, ó por lo menos le aconsejaron como mas prudente el aplazar la satisfaccion de sus dudas. Dejó la espada; santiguóse como cristiano, y arrodillándose con mesura delante del altar, é invitando á su sobrina y á la dueña á que imitasen su ejemplo, se entregó en el fondo de su alma á sus hondos meditaciones.

G. ROBERTO LINDAYUCA.

Medio de aprender á dibujar sin maestro.

Los principios de todas las ciencias y de todas las artes (excepto la lectura) se pueden aprender sin maestro, supliendo á este los libros, los modelos y los buenos métodos: la perfeccion en cualquiera ramo del saber, no la dá tampoco un maestro, sino el genio del que aprende, su aplicacion, su esmero y una práctica constante. No se crea por esto que pretendemos desconocer ó negar la utilidad de un maestro para aprender aquello que se desea, no; únicamente queremos decir, que el maestro no es tan absolutamente indispensable, que los que no le puedan tener hayan de renunciar por eso al estudio de aquellas cosas á que les llama su inclinacion, ó acaso la necesidad de ellas, para desempeñar bien sus respectivas profesiones. Uno de los ramos, cuyo conocimiento es útil en todas, y necesario en muchas circunstancias de la vida, es el dibujo, y si bien en la corte ó en algunas grandes poblaciones encuentran los que no pueden costear un maestro, escuelas gratuitas donde aprender á lo menos los elementos del arte, no sucede así en un gran número de pueblos, y en ellos es donde principalmente podrá ser útil el método que vamos á manifestar, aplicable al dibujo lineal, ó sea de los contornos de las figuras, y con el cual podrán enseñar el dibujo á los jóvenes sus mismos padres ó otras personas, aun cuando no tengan conocimiento en esta materia.

Se dá al niño una figura sencilla, como por ejemplo, un ojo ó una oreja, dibujada en papel con lápiz ó tinta, ó grabada, ó de cualquier otro género, y se le manda que la copie en una pizarra, con una punta liecha de la misma materia y suficiente afilada para poder trazar una raya fina. De antemano se tiene calcado el mismo objeto con toda la exactitud posible, y con tinta encarnada, en una chapita de asta bien transparente ó de vidrio esmerilado, á la cual se dá el nombre de *corrector*, por el uso á que se destina, y luego que el discípulo ha concluido su copia, se coloca este corrector encima de ella; una simple ojeada hace ver al que aprende y al que le dirige los defectos que tiene la copia y las correcciones que hay que hacer; se levanta el corrector, enmienda los defectos el discípulo como mejor puede, y vuelve á colocarle reptiendo la operacion cuantas veces sea necesario, hasta que el dibujo esté perfectamente corregido.

Luego que ha copiado bien un modelo, se le pone otro algo mas complicado, y así sucesivamente, hasta que haya llegado á sacar las copias sin grandes defectos desde la primera vez, en cuyo caso deja de trabajar en la pizarra y pasa á dibujar con lápiz en el papel, hasta obtener la facilidad y exactitud necesaria para que la copia tenga muy poco que corregir.

Uno de nuestros colaboradores empleó hace pocos años un método muy parecido á éste para enseñar á un joven el dibujo geométrico. Le trazaba en un papel con líneas bastante gruesas de tinta, primero un triángulo, y sucesivamente otras figuras mas complicadas, y se las hacía copiar con lápiz en un papel fino; colocaba en seguida este papel sobre el que habia servido de modelo, y la superposicion manifestaba inmediatamente los defectos que la copia tenia, y que el discípulo enmendaba, después de separados ambos papeles. Al poco tiempo de seguir este método, el discípulo copiaba desde la primera vez, y sin enmienda, cualquiera figura geométrica con tal exactitud, que sobrepuesta la copia al original, se confundian las líneas de este con las de aquella, sin que se notara diferencia alguna, dividida una línea cualquiera en dos, tres ó cinco partes, con tanta precision como pudiera hacerse con el compás, y marcaba el centro de un círculo que no le tenia señalado, sin equivocarse nunca en el punto en que precisamente debia estar. Fácil es conocer que habiendo adquirido esta exactitud geométrica en la vista, delió hacer después rápidos progresos de las demas partes del dibujo lineal; por eso creemos que seria mas conveniente que empezase por copiar figuras geométricas, y no ojos, narices, ni bocas. En cuanto á la chapita de asta ó cristal esmerilado, podría substituirse con el papel que llaman *vegetal*, y que es bastante transparente, ó con papel barnizado del que usan los grabadores para calcar, ó á falta de estos con un papel comun, calando primero el objeto á la vidriera, y un-

tándolo después con aceite; pero esto último tiene sus inconvenientes, y sólo deberá hacerse cuando no haya otro medio de que echar mano.

LOS GUSTOS.

El baile no es un gusto; porque el baile es uno de aquellos medios que tiene por objeto el amor y los placeres; por consiguiente debemos considerar como víctimas de pasiones secretas á los hombres de mayor edad que se ponen á mover la cabeza, los brazos y sus secas piernas á compás, y á las mujeres feas ó mal formadas que se entregan con ardor á la gimnástica amorosa llamada vals, polka, contradanza, etc.

El paseo no es tampoco un gusto: es un ejercicio necesario para los ancianos, un pretexto para los amantes, una esposición pública para los vanidosos, y para los ociosos un modo de pasar el tiempo.

La glotonería es el placer de las personas de espíritu relajado: es la pasión de los necios cuando llegan á la edad madura, y sólo ha servido para aguzar el espíritu de los primeros, y para acabar de embrutecer el de los segundos. El hombre de talento no se deja dominar por este vicio.

La caza puede ser diversion del hombre de mérito, pero sólo llega á ser pasión para un hombre de ingenio inculto. El verdadero cazador, el cazador por oficio, es una especie de ser brusco que sólo se trata con gente agreste, trata con aspereza á sus hijos, desprecia á su mujer, y sólo tiene cariño á sus perros. Es mentiroso, vanaglorioso, y de una nulidad absoluta en todo cuanto no sea jabria, trullas, caza, escopetas y montería.

En cuanto á los diferentes modos de cazar hay dos que merecen particular mención: la caza á la espera y la caza de pájaros. Este es el entretenimiento de los estudiantes, artesanos y jornaleros. Aquella es el pasatiempo de los impedidos, física y moralmente hablando.

La pesca, como todas las pasiones, tiene sus fanáticos, sus confesores y sus mártires. El mas ardiente de todos sus fanáticos es el que creerán Vds. el incansable pescador de caña; esta especie de poste humano, plantado en la arena, cuya inteligencia entera se agota en luchar contra la astucia del gobio y el ingenio de la carpa. Los confesores son aquellos pescadores endurecidos que postrados en un sillón, y plagados de reumatismo, pescan con peces encarnados en una rubela. En cuanto á sus mártires son numerosos; y tales son aquellos desgraciados que se chapuzan en los rios, y cenan con las Náyadas, sin contar los reumatismos y las ilusiones de pecho que padecen.

La equitación es un placer de mucho gusto y propio de los elegantes. No obstante si el caballero monta con zapatos y sin espuelas, y sólo monta los días de fiesta, puede ser tenido por un sastre, un operista ó un cómico.

El vestido no es meramente un placer, es un trabajo para algunos, un arte para otros. Es trabajo para el hombre de cuarenta años que quiere agradar, para la mujer bonita de treinta y cinco que quiere conservar un amante, para la de treinta y cinco que quiere adquirir uno nuevo; es un trabajo para las mujeres feas ó mal formadas, de cualquier edad que fueren, y finalmente, es el mas penoso de todos los trabajos para el hombre estudioso á quien su genio aleja del mundo, y que se vé obligado por alguna circunstancia á presentarse con toda etiqueta.

Es una ciencia que el artista dramático estudia toda su vida, un arte cuyo secreto ha recibido la mujer coqueta, de Dios ó del diablo, porque verdaderamente es preciso apelar á ella para encontrar el gusto, la elegancia y el encanto reunidos.

El hombre que siempre se muestra en *toilette* es un talento menos que secundario: el que no sabe vestirse conforme lo exigen las ocasiones es un talento trivial.

La *toilette* es en las mujeres un indicio que raras veces engaña. La necia se viste muy mal: la gazmoña sin gracia: la aldeana virtuosa se viste con ridiculez: la orgullosa con exageracion y afectacion; la elegante posee todos los recursos de este arte, sabe elegir y combinar los diferentes colores de que se compone su traje, determinar oportunamente el vuelo, forma y corte de los vestidos, y por este medio adelgazar ó agrosar, cambiar ó modificar, ocultar ó enseñar lo que cree encubrir ó mostrar de sus bellezas ó imperfecciones.

La española sobresale entre todas las mujeres de la tierra en la fáctica y genio del tocador, de este arte militar del amor.

INVESTIGACIONES

SOBRE LAS DIVERSAS FORMAS DEL AÑO EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

(Concluída.)

AÑO GRIEGO.

El mas antiguo de los calendarios griegos es el de Chiron, al cual se atribuye la invencion de la astronomía. Hesiodo dió uno compuesto de 12 meses y de 360 días: de dos en dos años intercalaba un mes de 30 días, lo que producía 8 días de mas á cada periodo de dos años.

Como á fines del siglo VI, antes de nuestra era, Solón introdujo el uso de los meses de 29 días, haciéndose el año lunar. Cleostrates trató, aunque en vano, de que concordara con la revolucion del sol en un periodo de 8 años.

Meton apareció, en fin, trayendo de Egipto y Caldea un periodo mas exacto, que después se ha llamado ciclo de Meton ó nombre de Oro. Este ciclo, cuyo primer día debe contarse el 27 de junio del año 427, antes de Jesucristo, formado de 19 años solares, durante los cuales pasaban 19 años lunares y 7 meses mas, estaba acorde poco mas ó menos al cabo de 19 años con el sol y la luna; sin embargo, habia aun un error de siete horas, que Calipo trató de corregir cuadruplicando el ciclo de Meton; pero este periodo solo sirvió á los astrónomos, no siendo jamás adoptado en el uso comun.

El año griego conservó la forma que Meton le habia dado. Entre los atenienses comenzaba con la primera luna que seguía al solsticio de estío; entre otros pueblos de Grecia empezaba, sea en el equinocio de primavera, sea con el de otoño. Los nombres de los meses variaban igualmente. Pondremos los que empleaban los atenienses y macedonios:

Meses romanos.

Meses atenienses.

Meses romanos.	Meses atenienses.
1 Hécatombeon 29 días, correspondiente á los meses de	Junio Julio.
2 Metageuion 30	Julio Agosto.
3 Boedromion 29	Agosto Setiembre.
4 Pyanepsion 30	Setiembre Octubre.
5 Maimactereon 29	Octubre Noviembre.
6 Posideon 29	Noviembre Diciembre.
7 Gamelion 29	Diciembre Enero.
8 Anthesterion 30	Enero Febrero.
9 Elephelion 29	Febrero Marzo.
10 Munchion 30	Marzo Abril.
11 Thargelion 29	Abril Mayo.
12 Sycrophorion 30	Mayo Junio.

El año macedonio daba principio en la segunda luna después del equinocio de otoño.

Meses macedonianos.

Meses romanos.

Meses macedonianos.	Meses romanos.
1 Dios 30 días, correspondiente al	24 Setiembre.
2 Appellæus 30	24 Octubre.
3 Audynæus 31	23 Noviembre.
4 Perytius 30	24 Diciembre.
5 Distrus 30	23 Enero.
6 Xanticus 31	22 Febrero.
7 Artémisius 31	25 Marzo.
8 Dæsius 30	25 Abril.
9 Panæmus 31	25 Mayo.
10 Loüs 30	23 Junio.
11 Gorpizus 31	23 Julio.
12 Hyperberæus 30	25 Agosto.

AÑO ROMANO.

El año que el fundador de Roma dió á los pueblos latinos, era lunar y no se componía mas que de 10 meses, de los cuales marzo era el primero. A estos 10 meses, añadió Numa otros dos que colocó uno al principio y otro al fin del año.

He aquí el nombre de todos ellos por su orden:

1 Enero.	7 Sextilis.
2 Marzo.	8 Septiembre.
3 Abril.	9 Octubre.
4 Mayo.	10 Noviembre.
5 Junio.	11 Diciembre.
6 Quintilis.	12 Febrero.

El calendario romano tomó luego una nueva denominación: se ignora en qué consistía precisamente. Lo que se sabe mejor, es que los pontífices, encargados del cuidado de las intercalaciones y de la vigilancia del calendario, se dieron tan mala traza, que el año instituido por Numa cayó en un completo desorden, no guardando ninguna relación con las estaciones. Un eclipse cuya fecha se ha conservado, prueba que el año de Roma 363, 190 antes de J. C., el 1.º de enero correspondía al 15 de octubre.

Julio Cesar creyó indispensable una reforma. Llamó de Egipto al astrónomo Sosigenes, el cual fijó la duración del año solar en 365 días y 6 horas, y la del civil en 365 días solamente. Para emplear estas 6 horas que restaban aun, imaginó intercalar cada 4 años un día, que debía colocarse entre el 23 y el 24 de febrero, el sexto día de las calendas de marzo, *bis sexto calendas martias*, de ahí el nombre de año *bisiesto*.

Para hacer que el año romano empezara el octavo día que sigue al solsticio de invierno, Sosigenes se vió precisado á prolongar 3 meses mas, y darle 445 días al año de la reforma que se llamó *de la confusión*.

Los romanos no contaban los días como nosotros. Tenían cada mes tres puntos fijos, las calendas, las nonas y los idus. Las calendas caían regularmente en primero de cada mes: en este día se convocaba al pueblo. Las nonas eran el 7 de los meses de marzo, mayo, julio, octubre y el 5 de los otros meses. Los idus eran el 15 de los meses en que las nonas caían el 7 y el 13 de todos los demas.

Este es el orden y los nombres de los meses en tiempo de los emperadores romanos.

Enero	31 días.	Julio	31 días.
Febrero	28	Agosto	31
Marzo	31	Setiembre	30
Abril	30	Octubre	31
Mayo	31	Noviembre	30
Junio	30	Diciembre	31

AÑO GREGORIANO.

La reforma hecha por Julio Cesar habia enmendado un gran error, pero habia introducido otro, suponiendo el año solar cerca de 11 minutos mas largo que lo era realmente. De aquí resultaba que los puntos de los solsticios y equinoccios debían retrasarse un día en 133 años.

Para corregir este error, el papa Gregorio XIII cercenó 10 días del año 1582, de modo que se contó el 15 de octubre en vez del 5, y estableció para en adelante que se separarian 3 visiestos en el espacio de 400 años.

La reforma gregoriana fué admitida sin dificultad en casi todos los países católicos: los estados protestantes la adoptaron mas tarde, y hoy no existen en Europa más que los rusos y los cristianos de rito griego, que conservan el calendario griego.

AÑO REPUBLICANO.

El año republicano se componía de 12 meses de 30 días cada uno, á los cuales se añadían 5 días complementarios para el año común y 6 para el visiesto. Cada mes se dividía en tres décadas: los días fueron llamados *primidi*, *duodi*, *tridi*, *cuartidi*, *quintidi*, *sextidi*, *septidi*, *octidi*, *nonidi*, *decadi*, tomando el nombre por su numeración. En virtud de un senado-consulta del 22 fructidor (9 de setiembre de 1803) fué restablecida.

El orden y los nombres de los meses republicanos

purgados de la impropiedad y ridiculidad de los antiguos, y perfectamente acomodados á las estaciones, son como sigue:

Vendimiaire	Vendimiario correspondiente	22 de setiembre.
Brunaire	Nevuloso	21 de octubre.
Frinaire	Escarboso	21 de noviembre.
Nivose	Nivoso	21 de diciembre.
Pluviose	Lluvioso	20 de enero.
Ventose	Ventoso	19 de febrero.
Germinál	Germinador	21 de marzo.
Floreál	Florido	20 de abril.
Prairial	Praderil	20 de mayo.
Messidor	Mes de cosecha	19 de junio.
Thermidor	Caluroso	19 de julio.
Fructidor	Fructuoso	18 de agosto.

Añadiendo los días complementarios. El decreto de 4 Frimaire año 2.º, daba á estos días el nombre de *sans-colottider*; por un decreto de 7 fructidor, año 3.º, se cambió esta denominación por la de complementarios.

Estas son las nociones mas interesantes que podemos ofrecer sobre las diferentes formas del año en los pueblos antiguos y modernos, nociones que creemos no carecen de interés para nuestros lectores, puesto que el conocimiento de los calendarios es la base de la cronología, y la cronología es la base de la historia.

ADVERTENCIA.

El primer número de LA ILUSTRACION está de manifiesto en casa de todos nuestros comisionados y correspondientes: contiene varios artículos del mayor interés y está adornado con quince preciosas láminas de todos tamaños.

Han extrañado algunos que el precio anual de la ILUSTRACION, sea igual en provincias para los suscritores al SEMANARIO y para lo demás. Al fundar aquel periódico nos hemos propuesto fijar bases por medio de las cuales sea pronto tan popular en España, como lo son en el extranjero otras publicaciones de su especie: al efecto, le ofrecimos desde luego á nuestros suscritores *por el costo de cada ejemplar* y un pequeño aumento para cubrir los demás gastos que trae consigo una publicación; sobre esta tarifa, casi increíble por su baratura si pudiera verse desde luego reunido el testa y las láminas que vamos á dar, aumentamos las utilidades en la de los no suscritores al SEMANARIO que se abonen por menos de un año. Tratándose de estos, como hacen ya un adelantado de consideración y depositan igual confianza que los otros en la empresa, hemos creído prudente no hacerlos de peor condición que á nuestros suscritores de provincias; rebajar á estos un solo real en el precio señalado habiendo de franquear el correo era perder conocidamente y comprometer la existencia de LA ILUSTRACION; establecer un aumento para los no suscritores al SEMANARIO, era dejar en el inconveniente de establecer precios mas elevados que quisieramos, trayendo á muchos de suscribirse. En esta alternativa no hemos vacilado en dejar sin alteracion los precios anuales, toda vez que nuestra empresa prefiere contar para su apoyo mas con el número considerable de suscripciones que con el precio crecido de estas. Otra cosa ha sido en Madrid, donde no teniendo que pagar correo, hemos podido hacer una pequeña gracia á nuestros constantes suscritores.

SOLUCION DEL GEROLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 8.

La ocasion hace al ladrón.

Director, Editor y Oficina calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 24. Un AÑO 240. Librerías de Pereda, Cueta, Monter, Mabate, Jimenon, Gaspar y Reig, Barah, Poupert, Villa y la Publicidad, Ittophros del Paseo del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 12 rs. seis 24. Remitiendo una libranza sobre correo, franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de ALVAREZ Y C^{MA}, calle de la Colegiata, núm. 1.